

JESÚS EN LA BARCA

Liliana Solhaune, OSB¹

*Tú dominas la soberbia del mar
y amansas la hinchazón del oleaje
(Sal 88,10)*

Junto al mar de Galilea, Jesús enseña. A veces utiliza una barca cercana a la orilla, como improvisado “ambón marino”², para predicar desde allí a la multitud. Pero cuando la barca se ha internado mar adentro llevando a maestro y discípulos, aquel mar amigo puede mostrar un rostro amenazante. Y sacudida por las olas, la barca se vuelve ocasión de un descubrimiento vertiginoso.

Sigamos este proceso tal como aparece en el episodio de la tempestad calmada, en cada uno de los sinópticos.

Si comparamos los textos sobre la tempestad calmada en los tres evangelios sinópticos –Mc 4,35-41; Mt 8,18. 23-27; Lc 8,22-25– encontraremos semejanzas: los tres comienzan con una invitación de Jesús a cruzar a *la otra orilla*; en los tres la barca es sorprendida por una tormenta, un vendaval y un oleaje que ponen en peligro a sus ocupantes, y Jesús duerme; despertado por los discípulos, increpa al viento y al mar, sobreviene la calma, y reprocha a los discípulos su falta de fe, provocando en ellos un interrogante: *¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?*

En los tres evangelios el tema es la fe, y hay en ellos un llamado a dar un salto cualitativo, como lo indica ya la invitación a cruzar a *la otra orilla*, que Pedro Crisólogo subraya con estas palabras:

1 Monja del Monasterio Nuestra Señora del Paraná, Entre Ríos, Argentina.

2 Joachim GNILKA, *El Evangelio según san Marcos I*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1986, p. 224.

«“Crucemos al otro lado”: **de las cosas terrenas a las celestiales**, de las presentes a las futuras. Ahora bien, “al otro lado”, porque las cosas divinas siempre son contrarias a las humanas; mientras éstas nos conducen sometidos a la fragilidad, aquellas otras **levantan hacia la virtud** que prosiguen» (Pedro Crisólogo, *Homilía* 21,1).

Pero en cada uno de los textos ese tema en común se diversifica en variantes que se vienen perfilando en los episodios anteriores, y que dan como resultado matices de significación diferentes. De modo que un mismo episodio resuena de modo particular en cada uno de los sinópticos, a pesar de las semejanzas.

En *Marcos* la barca aparece ya en el episodio anterior, en el que vemos a Jesús que, debido a la gran multitud reunida, *debió subir a una barca dentro del mar, y sentarse en ella* (Mc 4,1), para enseñarles desde allí en forma de parábolas: el sembrador, la lámpara, la medida, la semilla que crece por sí sola, el grano de mostaza. La barca es aquí **lugar de enseñanza**, y de enseñanza sobre el REINO. Pero en el siguiente episodio –el de la tempestad calmada–, la barca se transforma en el **lugar de la prueba** de esas mismas enseñanzas. Y aquí no está la multitud, sino sólo los discípulos, aquellos a quienes, *en privado, les explicaba todo* (Mc 4,34). Es la fe de ellos, de los llamados, la que es zarandeada y puesta a prueba.

En medio de la tempestad, Jesús duerme en la popa –esta precisión sobre el lugar nos la da sólo Marcos–. La popa es la parte posterior de la nave, la que primero se hunde –señala el Papa Francisco³–, el lugar de la mayor fragilidad. La barca es para Jesús cuna⁴ en la que duerme como un niño, como signo de abandono confiado en manos del Padre, en quien puede descansar después de haber predicado, porque la semilla sembrada, *sea que duerma o se levante... germina y va creciendo sin que él sepa cómo* (Mc 4,27), y dará fruto a su tiempo. La tormenta puede ser ocasión de que esa actitud de confianza se ponga en evidencia: *Puedo acostarme y dormir y despertar: el Señor me sostiene* (Sal 3,6).

Esto nos trae el recuerdo de Jacob en Betel, dormido sobre una piedra dura (la *dureza* de la situación que le está tocando vivir), en medio de la **noche** del desierto en la que Dios, aunque pareciera ausente, está presente y actuante:

3 *Homilía del Papa Francisco en el momento extraordinario de oración por la pandemia* (29-3-20).

4 Cf. Jean CHEVALIER – Alain GHEERBRANT, *Diccionario de los símbolos*, Ed. Herder, Barcelona, 2007.

*Jacob fue el lote de su heredad.
Lo encontró en una tierra desierta,
en una soledad poblada de aullidos;
lo rodeó cuidando de él,
lo guardó como a las niñas de sus ojos (Dt 32,9b-10).*

Y esa noche, a Jacob se le abrió el cielo: vio en sueños la escala que une cielo y tierra, y ángeles que, subiendo y bajando, nos recuerdan que el cielo no se desentiende de la tierra, porque es voluntad de Dios ir entrelazando hilos celestes y terrestres en cada historia humana.

Como la tempestad, la noche amenazante es también una imagen de la prueba. Y la prueba tiene ese lado bueno en el que se dibuja una puerta que nos invita a pasar, o un vado por el que podemos cruzar a “otra orilla”. La prueba puede transformarse en el umbral del cielo.

Como hicieron los navegantes del *Salmo 106* ante el *viento tormentoso que alzaba las olas a lo alto*, los discípulos:

*²⁸Gritaron al Señor en su angustia,
y los arrancó de la tribulación.
²⁹Apaciguó la tormenta en suave brisa
y enmudecieron las olas del mar.*

En el texto de Marcos, vemos que lo que se anuncia en el salmo se cumple con excelencia en Jesús, quien con su palabra sujeta y silencia al viento y al mar. Y sobreviene la calma.

También los discípulos:

*³⁰Se alegraron de aquella bonanza
Y él los condujo al ansiado puerto.*

El puerto al que llegan es una fe purificada, en la que el miedo ha sido sustituido por el *temor de Dios*, que es don del Espíritu obrando en el hombre creyente.

Esta distinción entre el *miedo* y el *temor de Dios* se clarifica a través del diálogo que sostiene Jesús con los discípulos inmediatamente después. Jesús los interpela: *¿Por qué tienen miedo?*

Dice Larchet⁵:

El temor revela la ilusión que tiene el hombre de que está abandonado a sí mismo, de que no puede o no debe contar más que con sus propias fuerzas, de que está privado de la ayuda de Dios. (...) La enseñanza de Cristo mismo viene a denunciar esta ilusión recordando al hombre que Dios se ocupa permanentemente de él. (...) Por consiguiente, el temor es signo de una falta de fe en la Providencia divina.

Los discípulos pasan entonces del miedo a un reverente temor ante el misterio que se les está manifestando en la persona de su maestro: *Atemorizados se decían: “¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?”*. Y dice el mismo Larchet:

Si se teme algo de este mundo, es porque no se teme a Dios; a la inversa, el que teme a Dios no tiene nada que temer⁶.

El Papa Francisco nos clarifica aún más el contenido de la fe al extraer consecuencias para la situación de pandemia que estamos viviendo:

¿En qué consiste la falta de fe de los discípulos que se contraponen a la confianza de Jesús? Ellos no habían dejado de creer en Él; de hecho, lo invocaron. Pero veamos cómo lo invocan: *«Maestro, ¿no te importa que perezcamos?»* (Mc 4,38). *No te importa*: pensaron que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención. (...)

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. (...)

5 J. C. LARCHET, *Terapéutica de las enfermedades espirituales*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2014, p. 209.

6 *Ibid*, p. 208.

Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos. (...)

No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante las guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: *“Despierta, Señor”*.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la FE. Que no es tanto creer que Tú existes, sino **ir hacia ti y confiar en ti**. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: *“Convertíos”, «volved a mí de todo corazón»* (Jl 2,12). Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como *un momento de elección*. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás. (...)

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos, solos, nos hundimos. **Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas**. Invitemos a Jesús a **la barca de nuestra vida**. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un *ancla*: en **su Cruz** hemos sido salvados. Tenemos un *timón*: en **su**

Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una *esperanza*: en **su Cruz** hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde **su Cruz** a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42,37), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

La fe es *relación con Dios*. Relación de *confianza*, porque sabemos que él *trabaja siempre*⁸, sosteniendo y dando sentido a nuestra historia: no necesitamos “sostenerla” nosotros.

La amplitud del horizonte de la fe se revela en la bellísima imagen del Papa Francisco: “*Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas*”. Imagen que se continúa con la de la cruz, repetida cuatro veces –como señalando los cuatro rumbos–, e interpretada también en continuidad con la imagen de la navegación: la cruz es *ancla, timón, esperanza y corazón* del que navega en la **barca de la vida**, no importa si con tormenta o bonanza: basta con que Él esté en la barca.

En *Mateo*, el episodio de la tempestad calmada se ubica en el capítulo octavo. Mateo ha dedicado los capítulos 5, 6 y 7 a la predicación de Jesús en el monte –comenzando por las Bienaventuranzas– y empieza el capítulo octavo narrando varias curaciones. Una de ellas es la del criado del centurión. Este, creyéndose indigno de que Jesús entre en su casa, expresa su confianza en que una palabra de Jesús baste para curar a su servidor. “*Les aseguro que no he encontrado nadie en Israel que tenga tanta fe*”⁹: esta afirmación de Jesús contrapone la fe del extranjero con la falta de fe del pueblo elegido y aun de los mismos discípulos, como quedará en evidencia en el episodio siguiente, el de la

7 *No romperá la caña quebrada/ ni apagará la mecha que arde débilmente* (Primer poema del Servidor sufriente).

8 [Jesús] *les respondió: “Mi Padre trabaja siempre, y yo también trabajo”* (Jn 5,17).

9 Mt 8,10.

tempestad calmada. Marcos hará una contraposición semejante –más adelante, en el capítulo 7– en el episodio de la mujer sirofenicia que le pide que expulse de su hija al demonio. Ambas personas extranjeras, el centurión y la sirofenicia, piden con fe e insistencia la sanación para otro –con fe y caridad–, y Jesús los pone como ejemplo para los que le son más próximos, para los que navegan con Él en la misma barca, y también para nosotros, que navegamos hoy en la **barca de la Iglesia**:

“Todos ustedes que navegan en la barquichuela de la fe, los que sobrenadan a través de las olas de este mundo en la **navecilla de la Iglesia** santa con Cristo, aunque el Señor duerma en piadoso descanso, vigila la paciencia y perseverancia de ustedes, y mantiene en pie el arrepentimiento y la conversión de los impíos; acérquense con ardor a Él, insistiendo con oraciones” (Orígenes, *Homilía sobre el Evangelio de Mateo*).

También nosotros “despertamos” a Jesús cuando lo invocamos en nuestras oraciones.

Mateo introduce además otra variante: inserta una escena reveladora de las exigencias del discipulado, inmediatamente después del mandato de *cruzar a la otra orilla* –los otros dos sinópticos indican que Jesús *dijo* esto, pero Mateo nos muestra un Jesús imperativo, que “mandó”, dio la orden de cruzar a sus discípulos–. Esta es la escena inserta:

¹⁹*Entonces se aproximó un escriba y le dijo: «Maestro, te seguiré adonde vayas».*²⁰*Jesús le respondió: “Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza”.*²¹*Otro de sus discípulos le dijo: “Señor, permíteme que vaya antes a enterrar a mi padre”.*²²*Pero Jesús le respondió: “Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mt 8).*

De ella se deduce que:

- Quien quiera seguir a Jesús debe abandonar las seguridades.
- La respuesta al llamado de Jesús debe ser inmediata.

Esta escena que se inserta dentro del relato de la tempestad calmada, da un tono especial al sentido de *embarcarse con Jesús*: la barca es aquí **lugar del seguimiento**... a *otra orilla*. Se trata de la opción radical por otro modo de vida, libre de las ataduras de este mundo, llevando como guía a Jesús, *timón, ancla, horizonte y centro* de una vida entregada a Él en un seguimiento más cercano. Y es esta vocación especial la que es puesta a prueba y purificada en la tormenta, hasta anclar en el reconocimiento admirado del poder salvador del Señor: *¿Quién es este, que ordena incluso al viento y a las olas, y le obedecen?*

Por su parte, **Lucas**, que escribe su Evangelio después que Marcos y Mateo, toma de uno y otro, elementos que armoniza en los capítulos 6, 7 y comienzos del 8, en un relato unificado y con matices propios: la *montaña* es para él lugar de oración, antes de *llamar* a los discípulos y elegir doce de entre ellos. Pero el lugar de la predicación es la *llanura*, y es allí donde predica las *Bienaventuranzas*. También está la curación del sirviente del *centurión* junto a otras curaciones. Y, respondiendo a una pregunta de los enviados de Juan el Bautista, que quiere saber si él es el Mesías, les enumera sus obras con palabras que recuerdan a Isaías¹⁰, cuando éste presenta los *signos mesiánicos*:

²²Entonces respondió a los enviados: «Vayan a contar a Juan lo que han visto y oído: los ciegos ven, los paralíticos caminan, los leprosos son purificados y los sordos oyen, los muertos resucitan, la Buena Noticia es anunciada a los pobres. ²³¡Y feliz aquel para quien yo no sea motivo de escándalo!» (Lc 7).

Enseguida, Jesús reprocha a sus compatriotas no haber reconocido en el Hijo del hombre la Sabiduría que *“ha sido reconocida como justa por todos sus hijos”* (Lc 7,35). Esos hijos son los **pobres** a quienes *la Buena Noticia es anunciada* (Lc 7,22) y la reciben sin escándalo; *“el pueblo que lo escuchaba”*, aquellos que *“reconocieron la justicia de Dios”* (Lc 7,29); y también seres “marginales” como el centurión (un extranjero) y la pecadora perdonada, a quien dice Jesús: *“Tu fe te ha salvado, vete en paz”* (Lc 7,50).

¹⁰ *Entonces se abrirán los ojos de los ciegos/ y se destaparán los oídos de los sordos; / entonces el tullido saltará como un ciervo/ y la lengua de los mudos gritará de júbilo* (Is 35,5-6).

Poco a poco, Lucas se va centrando en el tema de la **escucha**. Que es reforzado con énfasis en la exclamación final de Jesús después de la parábola del sembrador: “*¡El que tenga oídos para oír, que oiga!*” (Lc 8,8).

Y en la explicación de la parábola, Jesús pone en claro que no basta escuchar la Palabra, ya que el demonio puede arrebatarla de sus corazones, o pueden sobrevenir tentaciones que los desanimen, o preocupaciones que ahoguen lo que había empezado a crecer. Se trata de trabajar el corazón, de hacer de él tierra fértil, para ser de los que *escuchan la Palabra con un corazón bien dispuesto, la retienen y dan fruto gracias a su constancia* (Lc 8,15).

Enseguida, después de la parábola de la lámpara, insiste: “*Presten atención y oigan bien*” (Lc 8,18). E inmediatamente antes del episodio de la tempestad calmada, responde a los que le anuncian que su madre y sus hermanos quieren verlo: “*Mi madre y mis hermanos son los que **escuchan** la palabra de Dios y la practican*” (Lc 8,21). Escuchar la Palabra de Dios y vivirla, nos hace de la familia de Jesús: nos hace pasar a “*la otra orilla*”, la del *Reino de paz y justicia*¹¹ en el que la violencia –también la del propio corazón– ha sido vencida por la paz de Cristo (*no como la da el mundo*¹²). Es lo que percibe Agustín cuando dice:

«Oyes una palabra injuriosa: ahí está el viento, ahí la ola; y soplando el viento y alzándose las olas, entra en peligro la **nave**; tu **corazón** entra en peligroso vaivén. Oído el ultraje, se alza el deseo de venganza; si te vengas, si te dejas llevar del agravio, tu naufragio es un hecho. ¿Por qué naufragaste? Por ir **Cristo dormido en ti**. ¿Qué significa eso de ir Cristo dormido en ti? Que te has olvidado de Cristo. Despiértalo, pues; tráelo a la memoria; **despertar a Cristo es pensar en él...** Tentación que nace, he ahí el viento; turbación que te viene, he ahí las olas. Despiértalo a Cristo y que hable contigo. “¿Quién es éste, cuando así le obedecen los vientos y el mar?”» (*Sermón 63*).

11 *El Reino de Dios no es cuestión de comida o de bebida, sino de justicia, de paz y de gozo en el Espíritu Santo* (Rm 14,17).

12 *Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo. ¡No se inquieten ni teman!* (Jn 14,27).

Lo que se pone a prueba con la tempestad es la escucha desde el corazón –**la nave del corazón**– de la persona creyente: un corazón que quiere dejarse vencer por el perdón, la paz y la dulzura de Cristo, y navegar con Él *dondequiera que vaya*¹³.

Y llegamos así a la raíz en la que toda tormenta tiene su origen: en la inestabilidad del corazón, en su agitado vaivén, naufraga la integridad del ser humano. Pero si tomamos conciencia de que Jesús está en la barca, entonces vislumbramos la luz de una certeza: podremos arribar a buen puerto. Porque como afirma el Papa Francisco, sólo en Jesús encontramos la unidad que serena las tormentas, los conflictos entre opuestos que, sin ser anulados, se armonizan en torno al humilde, manso y firme Timonel de la barca del corazón, de la barca de la Iglesia, de la barca de la vida.

Cristo ha unificado todo en sí: cielo y tierra, Dios y hombre, tiempo y eternidad, carne y espíritu, persona y sociedad. La señal de esta unidad y reconciliación de todo en sí es la paz. Cristo *«es nuestra paz»* (Ef 2,14). (...) La paz es posible porque el Señor ha vencido al mundo y a su conflictividad permanente *«haciendo la paz mediante la sangre de su cruz»* (Col 1,20). Pero si vamos al fondo de estos textos bíblicos, tenemos que llegar a descubrir que el primer ámbito donde estamos llamados a lograr esta **pacificación en las diferencias** es la **propia interioridad, la propia vida** siempre amenazada por la dispersión dialéctica¹⁴.

Naveguemos, entonces, al amparo de la amplia bendición, multiplicada más que las estrellas en el cielo, que Él traza –como signo de la paz ganada con *la sangre de su cruz*–, sobre nuestra frágil barquilla de navegantes del tempestuoso siglo XXI, con la confianza puesta en el Único que puede conducirnos al ansiado puerto.

*Monasterio Nuestra Señora del Paraná
E3114XAI Aldea María Luisa
Paraná – Entre Ríos
ARGENTINA*

13 *Permanezcan junto al rey dondequiera que vaya* (2 R 11,8; 2 Cro 23,7).

14 *Evangelii Gaudium* 229.